

Detrás de cada acontecimiento hay una historia, o varias trenzadas, que lo auguran y anuncian como una semilla al árbol. Ahora que se cumplen 75 años de la constitución de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria es momento de recordar los episodios que la hicieron posible. Y los hombres que los protagonizaron: Alfonso XIII, desde luego, pero también su dentista, el doctor Florestán Aguilar, el arquitecto Modesto López Otero, su compañero Luis Landecho, el rector Bermejo o los decanos Casares, Márquez, Sebastián Recasens y Octavio de Toledo.

Como en el origen de otras fundaciones míticas, también en la fundación de la Ciudad Universitaria hay un viaje: el que en el otoño de 1927 realizaron a Estados Unidos y Canadá cuatro asesores del rey. Su objetivo principal era el estudio *de visu* del moderno *campus* americano, un paradigma poco conocido, que el rey quiso que se adoptara como modelo.

Pero hay otros episodios menos amables: la melancolía, por ejemplo, de Manuel Azaña cuando el 8 de noviembre de 1932 fue, con el doctor Negrín, entonces secretario de la Junta Constructora, a ver las obras. Su sorpresa fue grande al llegar al final de la calle de la Princesa: «me he encontrado con la desolación de la Moncloa destruida». Recuerda que «toda esta parte de la Moncloa, con el paisaje hasta el río, era bellísima, dulce, elegante; lo mejor de Madrid. Ya no queda nada, una gran avenida, rasantes nuevas; el horror de la urbanización». Se pone triste y añora los otoños pasados allí, «su luz serena, cariciosa, melancólica». Arturo Barea en «La forja de un rebelde» evoca ese paisaje a principios de siglo cuando era un niño que correteaba por sus frondas: «Campo libre. Crece la hierba y las ortigas entre ella. Hay barrancos y fuentes, manantiales que tienen por caño una teja que debió de clavar allí en la tierra algún pastor... Un terciopelo verde donde al beber se hundan los labios... Hay matojos que son brazas de especias que llenan el aire de olor. Y hay la alfombra de agujas de pino blanda y escurridiza...». En fin, la construcción de la ciudad, de la nuestra, como de todas las demás, no fue posible sin la negación airosa de la naturaleza.

Si la ciudad —*civitas*— es el escenario de la *civilización* y su requisito, estamos legitimados para domesticar la naturaleza, aunque esa legitimación no nos ahorre el peaje de cierta melancolía. Así lo documentaron ante el Rey los miembros de la comisión viajera, que tuvieron noticia de que Yale, Harvard o Princeton fueron bosques tupidos antes que recintos universitarios. El asunto es si aquel viaje y las consecuencias de aquel viaje valieron la pena. Azaña tuvo para esta cuestión una respuesta ambigua, deducida de su doble condición de estadista y de sentimental. Nosotros podemos sentirnos orgullosos si damos por bueno que vivir en sociedad es construir la sociedad y sus dependencias. Y que no hay progreso sin sacrificio.

La Universidad es uno de los principales escenarios de progreso y necesita ámbitos para su función. Aularios para las clases, bibliotecas para los libros, laboratorios para la investigación, gabinetes para el trabajo en soledad. Es bueno que haya también árboles y jardines que ventilen la atmósfera y campos para el deporte y fuentes para que se sosiegue el alma y se vuelva receptiva al hacer, al saber y al hacer saber. Así lo creyeron los fundadores de la Ciudad Universitaria y por eso tenemos más de un millón de metros cuadrados de espacios verdes con chopos y magnolias, castaños, tilos, plátanos y una docena de especies de coníferas. Y arbustos y parterres y césped... Querían las Siete Partidas de Alfonso X que los Estudios Generales se ubicaran en lugar «de aire saludable y abastecido de mantenimiento» y así lo quiso también Alfonso XIII.

En fin, el recinto de la Ciudad Universitaria de Madrid es muy probablemente un caso singular en el mundo por su concepción unitaria y su diseño específico, integra actividades parauniversitarias que convierten al conjunto en un auténtico sistema anexo a la gran ciudad, pero independiente de ella. De los primeros avatares de este logro trata *El viaje de la utopía*, cuya repercusión y consecuencias podemos calificar de históricas no sólo para la Universidad, sino también para la sociedad española. Los edificios, el equipamiento físico y su topografía son uno de los factores importantes de la calidad de las universidades y, por lo tanto, en el viaje que este libro documenta está el germen de muchas de las virtudes que puedan tener las universidades que comparten la Ciudad Universitaria.

RAFAEL PUYOL  
Rector de la Universidad Complutense de Madrid